

Retiro de Adviento 2004

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios

Introducción

Os propongo un rato sereno de contemplación y oración sobre la misericordia de Dios. Escribo esta palabra con estremecimiento, porque la misericordia del Señor llena la historia, nos sobrecoge y también nos alienta. Por eso las palabras y la oración siempre se quedan cortas. Comienzo estas horas de retiro sobre el Adviento con una introducción que apoyo en cuatro puntos. Le seguirán dos partes.

1.- En la carta con la que presentaba el Plan Diocesano de Pastoral, comentando al buen samaritano, hablaba de la misericordia y de sus obras. Este es el trabajo de nuestra Diócesis entera: Ponerse a practicar la misericordia. En este mundo, con tantas parcelas de aspereza, de inhospitalidad, de agresividad, de guerra incluso, y pensando también en nuestras comunidades, con sus cotas de división, de rivalidad, de desconocimiento mutuo, ponemos la misericordia, como virtud grande y necesaria, virtud de fortaleza.

En estos años ha sido norma proponer el retiro en la perspectiva de nuestro Plan Diocesano, de modo que, en la oración ahondemos en él. Así esta mañana nos reunimos los sacerdotes, en comunión fraterna de oración, para preparar el Adviento de este año 2004 bajo el signo de la misericordia dentro del Plan Diocesano. Para ello quiero invitaros a ver y contemplar la venida y en Nacimiento del Señor, cuando el tiempo se cumplió, como el más extraordinario acto de misericordia, de la eterna e inacabable misericordia de Dios.

2.- Porque con su Encarnación y Nacimiento Cristo se acercó derecho, sin rodeos, al hombre de la cuneta. Se lo cargó a sus hombros, asumió el peso de la humanidad mortalmente herida. Puso en pie al hombre. Y esta venida del Señor sólo se explica por su misericordia, por su eterna misericordia. Y, además, gracias a la misericordia de Dios existe la esperanza en el corazón del hombre y de la historia humana.

Y la esperanza es también tema y objeto del Adviento. Hay esperanza, porque hubo y porque hay misericordia. La misericordia engendra esperanza.

Y, por eso, a la vez, la historia humana está abierta, sabe que tiene futuro y un futuro que trasciende el horizonte a ras de tierra.

3.- En tercer lugar para completar esta breve introducción a la oración y la contemplación y para enmarcar el retiro de Adviento, os recuerdo que con esta misma mirada de la misericordia de Dios acogió la Virgen Nuestra Madre la Encarnación del Señor. Así lo canta el Magnificat.

Ella encinta revela de modo extraordinario la misericordia de Dios, que llega, está llegando a sus fieles de generación en generación. En la Encarnación Dios está auxiliando a Israel, su siervo, "porque se acuerda de su misericordia". Cristo, Salvador, es la explosión más grande e insospechada de la misericordia de Dios. Esto lo iremos repitiendo.

Desde el principio hemos de confesar que la misericordia no es debilidad. Es fuerza y fortaleza. Dios despliega su brazo poderoso y realiza la mayor obra de misericordia y siempre se acuerda de su misericordia. Eso canta de corazón Nuestra Señora, protagonista del Adviento. Con la venida del Señor, Dios nos manifiesta su inmensa misericordia.

Y, con la Virgen María, también Zacarías canta en el Benedictus esta misericordia. En su hijo Juan, precursor, que va delante, ve que Dios se ha puesto a realizar su misericordia, y es que la misericordia no se siente sólo, se realiza. Y el Sol, que nos visitará, que nos ha visitado y nos visita, es gracias a la entrañable misericordia de nuestro Dios. Una expresión grandiosa de Zacarías. La misericordia se engendra en las entrañas y nace de las entrañas. La misericordia de Dios es siempre entrañable.

4.- Un cuarto punto de arranque es comprobar, en el clima de la oración, que el mundo está falto de misericordia. No se suele "llevar" la misericordia. Es actitud de debilidad y cobardía, así parece entenderse.

Es más, y me duele decirlo, a nosotros, que somos ministros de la misericordia entrañable de Dios, muchas veces nos puede la actitud seria o airada, la respuesta o acogida agria, la contestación inflexible, rigurosa. A veces nos hace falta sabiduría y fortaleza para ser misericordiosos.

Hace falta más sabiduría para comprender al que nos llega y ofrecerle misericordia, que para aplicarle de modo rígido una norma, que nos vuelve ásperos y perezosos. Llama la atención que en la oración de la Iglesia se une el poder y la misericordia, cuando se habla de Dios. "Dios omnipotente y misericordioso" (Domingo XXXII, colecta) "Dios de poder y de misericordia" (Domingo XXXI, colecta). "Dios, que manifiestas especialmente tu poder con el perdón y la misericordia" (Domingo XXVI, colecta).

Y, desde luego, la misericordia es actitud permanente del buen pastor, que no se duerme sin ir a buscar a la oveja, que falta. El buen pastor, que no maltrata, que es buen samaritano. El buen pastor, reflejo cercano de Cristo, refleja a la mano, como refleja igualmente al Padre.

Vamos a hacer el retiro de Adviento. Vamos a acoger, primero nosotros, con gratitud y admiración, con respeto profundo, el derroche de misericordia de Dios.

Y hemos de caer en la cuenta de que cada uno de nosotros ya hemos experimentado en muchas ocasiones, recordadas y reconocidas, la misericordia y la paciencia de Dios. No hablamos de oídas en este tema vital. Es la primera parte.

¿Quién fue el verdadero prójimo?

“*El que tuvo misericordia*” Ese es el buen samaritano. Y desde la Encarnación y su Nacimiento Jesús nos dice: “*¡Haz tú lo mismo!*”. Vete a hacer lo mismo. Así ha de acabar el retiro.

Y, de este modo, cada pastor es adviento vivo para su comunidad. Nuestra formación permanente tiene una escuela imprescindible en Belén. Es una lección de misericordia. Jesús puede decirnos: “*¡Haz tú lo mismo!*” Y en ello te va la vida. Será la segunda parte.

1.- Dios clemente y misericordioso (Ex 34,6)

He de adelantaros que, si usáis diversas traducciones de la Biblia en español, os vais a encontrar con que se juega, para traducir el hebreo, con palabras cercanas de contenido como: ternura, misericordia, clemencia, lealtad, bondad. Es decir, son sentimientos que nacen del corazón. En hebreo se dice que salen de las entrañas.

Estamos orando, y presentimos, adivinamos la venida permanente del Señor, y me ha parecido oportuno empezar por invitaros a detener la mirada y el corazón en la *ternura* de Dios. La ternura de Dios no es experiencia vivida de pasada en las páginas de la Historia de la Salvación. Nos la confiesan con abundancia los creyentes del Antiguo Testamento.

1.1 *La ternura.* Como os acabo de decir, para presentaros esta contemplación de la misericordia de Dios, que es la Encarnación y el Nacimiento del Señor, no entro en el sugerente análisis de los términos con que en hebreo y en griego se expresa el contenido, el sentido de la misericordia de Dios. Sí que os digo que la misericordia en su centro lleva el corazón. Sin corazón no hay misericordia. El hombre hebreo habla de las entrañas. La misericordia siempre es entrañable. La palabra española habla de corazón.

Esto es lo que percibió el pueblo leyendo y releendo, escuchando, recordando –otra palabra con corazón dentro- recordando una larga y luminosa historia de la misericordia de Dios. El pueblo aprendió bien que Dios es misericordioso y aprendió en esa brillante historia qué es la misericordia.

Nosotros nos acercamos a Belén y lo hacemos en una contemplación serena y detenida, distendida y acogedora. ¿Qué luz nos alumbra desde Belén?

Para hablar en términos nuestros he de deciros que el primer movimiento de Dios hacia el hombre no es la misericordia. Es la *ternura*. He encontrado esta reflexión, en escritos de Olegario González de Cardedal. ¿No lo veis así en Belén?

Es verdad que la misericordia y la ternura nacen de las mismas entrañas. Como la piedad, la compasión, la paciencia y el amor. Pero lo primero que contemplamos en Belén es la ternura. “Dios tierno y misericordioso”.

En el padre y en la madre el primer sentimiento y el más hondo es la ternura, es el apego instintivo que le une al hijo. Hacia un hijo la madre empieza por sentir ternura.

Hay que decirlo con verdad de Dios. Un niño, además, pide ternura y la manifiesta. Jesús Niño en brazos de María, en aquella cueva sin puertas, nos está ofreciendo toda la ternura de Dios. Así se acerca Dios al hombre.

Esta experiencia y visión de Dios la tienen, como os decía, los fieles del Antiguo Testamento, se recoge también en textos del Evangelio y de San Pablo. Para nuestra oración os ofrezco algunas páginas.

* La imagen extraordinaria es de Oseas. Es un texto para leer despacio una y otra vez. Es la imagen del padre que se agacha hasta su hijo pequeño y lo levanta en brazos para que pueda besarle en la cara. Dios, además, enseñó a Efraín a caminar y le dio de comer (Os, 11, 3-4). *“Yo enseñé a andar a Efraín, lo llevé en mis brazos. Con cuerdas de amor los atraía, con cuerdas de cariño. Fui para ellos como quien alza una criatura a las mejillas, me inclinaba y le daba de comer. ¿Cómo podré dejarte, Efraín, entregarte, Israel...? Me da un vuelco el corazón, se me conmueven las entrañas”* (Os 11,8)

* Otro texto impresionante de Isaías. *“¿Podrá una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré. Mira, en mis palmas te llevo tatuada”* (Is 49, 15-16) Es traducción de la Nueva Biblia Española. También ante este texto hay que detenerse y deletrearlo (Cf. También Is 54, 6-8).

* Otras veces se habla de la sombra de las alas (Ex 19,4; Dt 32,11) o de la pupila de los ojos (Sal 17,8). El Señor es cariñoso con todas sus criaturas y es bondadoso en todas sus acciones (Sal 145, 9). Como un padre se enternece con sus hijos, así Dios se enternece con sus fieles. Es del Salmo 103, que es un canto a la ternura y misericordia de Dios (Cf. Sal 86, 15-16).

* Pasamos al Nuevo Testamento y recordamos la imagen emocionante del padre que siente en sus entrañas la lejanía y el vacío del hijo insensato que lo abandonó a él y el calor del hogar paterno. El padre tiene querencia y espera. En el encuentro, por así decirlo, lo primero que brilla es la ternura. El padre llena de besos al hijo degenerado y mal oliente. Luego vendrán múltiples gestos de ternura: vestido nuevo y sandalias nuevas, un anillo, la fiesta, la música, el banquete (Cf. Lc 15, 11-24).

* San Pablo, hablando de Jesús, nos confiesa que con Él apareció sobre la tierra la bondad de nuestro Dios y salvador y su filantropía (Cf. Tit 3, 4-6). Es verdad que en este texto se alude también a la misericordia.

La ternura es la querencia de Dios que busca al hijo porque lo ama y se ve, como nadie lo ve, reflejado en él. Por eso no podemos dejar de hablar muchas veces y de presentar a Dios lleno de ternura. Es una imagen y verdad que no subrayamos de modo suficiente. Y debemos hacerlo, después de dejarnos nosotros impresionar por ella. Y es que Dios siente un impulso irresistible hacia el hombre que es su hijo, hijo de sus entrañas y lo busca apasionadamente.

Un comentario precioso y preciso lo encuentro en palabras del Papa, en TMA. Dice el Papa: *“Dios busca al hombre... porque lo ama eternamente en el Verbo y en Cristo lo quiere elevar a la dignidad de hijo adoptivo. Por tanto Dios busca al hombre, que es su propiedad particular de un modo diverso a como es cada criatura... Dios busca al hombre movido por su corazón de Padre”* (TMA, 6.7).

Hace unos domingos leíamos a la comunidad un texto rico del libro de la Sabiduría. El autor comparte con nosotros su experiencia, la compendia y nos la presenta en forma de oración: *“Amas a todos lo seres y no aborreces nada de lo que has creado, Señor, amigo de la Vida”* (Sab 11, 24-26).

Es verdad que en muchos textos el amor paterno, la clemencia, la bondad, la ternura va seguida de la compasión y de la misericordia. Pero “Dios *tierno* y misericordioso” es el primer título que Dios reivindica para sí y por el que lo reconocerán (Ex 34,6).

Como conclusión de esta contemplación recojo esta afirmación: “El adjetivo tierno, excepto una vez que se aplica al hombre (Sal 112,4) está reservado a Dios” (León-Dufour, Ternura)

1.2 La misericordia

San Pablo llamó a Dios “rico en misericordia” (Ef 2,4), y con estas palabras titula el Papa su carta escrita en 1980.

Ahora, cuando nos preparamos para acoger el misterio del Nacimiento del Señor, detenemos nuestra contemplación en la *misericordia* de Dios. Como he dicho es lo que llamó la atención a la Virgen María y a Zacarías. La Encarnación y el Nacimiento de Jesús, su vida entera, su muerte y su resurrección tienen una explicación: la misericordia de Dios. Ella es su fuente y su seno fecundo. De ella está hablando toda la vida de Jesús.

Pero la misericordia de Dios atraviesa también todas las páginas anteriores de la Historia de la Salvación y es clave para llegar a entender el espíritu que alienta esa Historia por todas las generaciones y por encima de las infidelidades reiteradas, persistentes y muy graves del pueblo de la alianza. Y es que la misericordia nace, repito, también de las entrañas de Dios. Dios ofrece al hombre la misericordia y se anticipa a realizarla.

- Los creyentes del Antiguo Testamento definen a Dios como el “Señor de la misericordia” (Sab 9,1); el que “hace la misericordia” (Ex 20, 6). Es el “Dios misericordioso” (Ex 22,7; Dt 4,31). Y abundantes Salmos (78, 38, 86, 16, 103,8,4).

- A la misericordia de Dios se le añaden espontáneamente múltiples adjetivos: “Es mejor que la vida” (Sal 63,4); es benigna (Sal 69, 17), es grande, repiten muchos Salmos (51,3; 86,13; 108,5; Eclo 40,24), es mucha (Sal 103,8; 5,8; 69,15; 86,5.15; Job 2,13). Es edificio eterno (Sal 89, 3). Es eterna: 26 veces lo repite el Salmo 136. “Porque es eterna su misericordia” es la respuesta con que el pueblo contestaba a gritos y se hacía acompañar de trompetas, címbalos y con otros instrumentos en momentos históricos y emocionantes (1Cr 16,34; 34,41; 2Cr 5,13; 7,6; 20,21). Me recuerda la respuesta popular en Alicante a la aclamación ¡Faz divina!. La respuesta vibrante es ¡Misericordia!. Otro adjetivo, “por mil generaciones”, así es la misericordia de Dios (Ex 20, 5-6). Cuando llegamos al Nuevo Testamento encontramos un adjetivo luminoso y alentador. La misericordia de Dios es entrañable (Lc 1,78).

Por eso la misericordia de Dios nos rodea (Sal 32,10), llena la tierra (Sal 33,5), nos sostiene (Sal 94, 18) y le pedimos a Dios que ella nos sacie por la mañana (Sal 90, 14), y tenemos la certeza de que sus caminos son la misericordia (Tob 3,2), pedimos que su misericordia venga sobre nosotros como lo esperamos de Él (Sal 33,22). Y pedimos también que nos muestre su misericordia (Sal 85, 8).

Con la misericordia de Dios vive la verdad, la fidelidad, la justicia, la ternura, la bondad, la clemencia, la compasión, el poder, la paciencia, la santidad.

Como experiencia personal el salmista tiene puesta su vida en la misericordia de Dios y él se ve crecer junto a ella como olivo verde (Sal 52,10).

Estas son expresiones de fe de tantos fieles del Antiguo Testamento. Sus confesiones arrancan de una experiencia repetida y muchas veces vivida en la historia del pueblo. Y cantarán eternamente las misericordias del Señor (Sal 89,1). Porque son cientos de páginas las escritas por la misericordia de Dios. A la ternura, la misericordia añade el perdón, pero también la comprensión de la debilidad, la ayuda y el auxilio, la restauración de la amistad. Y es propio de la misericordia de Dios que se adelanta a ofrecerla. Sus entrañas le reclaman buscar al hombre y rehacer del todo su amistad.

Os invito a recordar algunos momentos extraordinarios, hitos indestructibles de la misericordia de Dios en el Antiguo Testamento. Sólo algunos. Porque si Dios se ha manifestado como soberano de la historia, Señor del mundo, creador del hombre a su imagen y semejanza, también en la Historia de Israel Dios es además muy cercano, estuvo muy presente junto al hombre, aunque infinitamente mayor que él. Así lo que Dios siente por el hombre es ternura, compasión y misericordia. Todos ellos requieren ser contemplados y asimilados.

- Por ejemplo, por la misericordia de Dios se ha podido escribir la segunda página de la historia humana y las que le han seguido. Lo leemos con emoción en las primeras escenas del paraíso.

- Y porque Dios escuchó los gritos doloridos de su pueblo machacado y humillado con trabajos forzados, la salida de Egipto es una extraordinaria epopeya de la misericordia de Dios. Como la alianza en el Sinaí es obra de la misericordia de Dios. Y así seguid leyendo la historia de los hombres, en la oración del pueblo, en los profetas.

- Nos acercamos a nosotros. Otro hecho extraordinario de misericordia, como ya he dicho, fue la Encarnación. No tiene otra explicación. Por eso la mayor obra de misericordia de Dios tiene un nombre: **Jesucristo**. La más impresionante e inabarcable obra de misericordia de Dios. Jesucristo, el rostro brillante y cercano de la misericordia de Dios.

Merece la pena contener la prisa. Acoger, adorar, admirar. Eso es Belén. Es ternura. Y es misericordia.

- Después de Belén cualquier paso de Jesús es misericordia. Los treinta años de Nazaret. Su enseñanza nace de la misericordia. Y sus curaciones. Y la Eucaristía. Y brilla la misericordia en la Historia de la Pasión. En la Resurrección Dios está realizando de manera desmedida su misericordia.

Vamos a detenernos brevemente y más en concreto en el Señor.

- Jesús vivió la misericordia. Son incontables sus obras de misericordia: curar, dar de comer, consolar, acompañar, enseñar. Además son muchos los pecadores acogidos y perdonados, y hasta se le censuró de comer con los pecadores.

- Pronunció una Bienaventuranza para los misericordiosos (Mt 5,7). Nos propuso para hacer un mundo nuevo ser misericordiosos como el Padre (Lc 6,36). Y nos dejó la regla de la misericordia, para que presida nuestras relaciones. “¿Por qué come con publicanos vuestro Maestro?” Y él respondió: “A ver si aprendéis que quiero misericordia antes que sacrificio” (Mt 9,13). Y lo repitió tres capítulos después (Mt 12,7). Y, de este modo, hacía suya y refrendaba con su testimonio una enseñanza, que venía de Amós y Oseas (Os 6,6; Am 5,21). “Haz tú lo mismo”. Practica la misericordia.

Y para que el mundo tenga futuro Él nos confió a nosotros practicar la misericordia, porque seremos examinados de las obras de misericordia. “Los que se esforzaron en practicar la misericordia serán juzgados con misericordia... Y les tendrá en cuenta sus obras de misericordia. A los de su izquierda, ¿qué les tendrá en cuenta? Que no quisieron practicar la misericordia” (S. Agustín, Salmo 95. domingo XXXIII).

Al acabar esta primera parte del retiro os propongo para vuestra oración personal una actividad. Y es la de leer vuestra vida a la luz de la misericordia de Dios. Os he hablado de testigos de la misericordia de Dios, del gran testimonio que es Jesucristo. ¿Se cumple en mí esta verdad de la historia de la salvación? ¿Podría yo haber escrito mi vida sin la misericordia de Dios? “Meditar su misericordia”, decía el salmista (48,10) ¿Soy testigo convencido de la misericordia de Dios conmigo?

Otro ejemplo. Cuando va a comenzar a redactar su autobiografía Santa Teresa, coloca en el dintel esta frase que resume la historia de su vida: “Cantaré eternamente las misericordias del Señor”.

La oración detenida, de que os hablo, es escribir cada uno su Salmo 136. O volver a escribirlo, porque, sin duda, hay nuevos capítulos, si antes lo habéis escrito. Es enriquecedor para un pastor releer su vida desde la misericordia de Dios. A cada acontecimiento de mi vida personal, de la vida de la Iglesia y de mi comunidad, de la vida de nuestro mundo, hemos de agregar con gozo y gratitud: “Porque es eterna su misericordia”.

Es muy importante y justo que cada uno de nosotros haga este ejercicio. Es un deber. Es salvador. Porque cada uno de nosotros es testigo de la misericordia de Dios. No hablo de memoria. Yo he sido destinatario de la misericordia de Dios. Y cada día estoy necesitado de ella. Esta es la humildad liberadora del pastor que se sabe perdonado. Soy un pastor perdonado, curado, ayudado, sanado, sostenido pacientemente por la misericordia de Dios. Soy sacerdote por la gracia y misericordia de Dios.

Esto conlleva un modo distinto de mirar, de comprender, de acoger a los demás. Esto engendra una antropología nueva. Me han perdonado mil denarios. Ser perdonado me lleva, además, a buscar incansablemente al alejado, a mirarlo con misericordia, a no juzgarlo. Y me conduce a echarle aceite y vendar sus heridas, como Jesús. Este ejercicio hace pastores. Es imprescindible para ser pastor según el corazón de Dios y de Jesús. Es ejercicio de sabiduría y esperanza.

El Señor se encarnó en el seno de María, porque es eterna su misericordia. El Señor nació en Belén, porque es eterna su misericordia. Yo vine a la vida, porque es eterna su misericordia. Y soy sacerdote, porque es eterna su misericordia.

2.- Sed misericordiosos

Vamos a acercarnos, con los pies descalzos, a Navidad. “Vamos a ver”, decían los pastores. Vamos a recibir y acoger la misericordia de Dios, en un año en que a cada uno y a las comunidades se nos pide practicar la misericordia. Es decir, vamos a extender la Navidad, hacerla llegar a los pobres, a los alejados, a los que sufren entre nosotros, a los inmigrantes.

Me preguntaba si éste es el tema más urgente que debo proponeros. ¿No será situarnos en las nubes?

La situación que vivimos es de dureza. Sin duda, otros tiempos fueron más hostiles. Pero arrecia la beligerancia. Casi todo se relativiza y se confunde. Es áspero el campo de la injusticia. La mentira cunde. Falta la lealtad. Su dios es el “dinero”. El bienestar es intocable. La guerra, el terrorismo y el hambre siguen activos. Los sin papeles viven su incertidumbre entre nosotros. El maltrato se anuncia cada día.

En el campo de la fe: Es heladora la indiferencia hacia el cristianismo, y se fortalece un nuevo paganismo; el secularismo gana posiciones, se han hecho presentes nuevas religiones; la ausencia dolorosa de los jóvenes; en muchos de nuestros pueblos o barrios grupos enteros no conocen a Cristo. A nuestra sociedad se le llama ‘poscristiana’. No es cristiana. Necesita la primera evangelización.

Entre nosotros se da la debilidad de nuestra fe; la desafección hacia la Iglesia; la falta de comunión honda; existe la división. Nos falta ilusión y coraje. Abunda el cansancio, nos encerramos. Nos desconocemos.

Me duele recordaros estos hechos.

¿Es, por eso, tiempo de hablar de misericordia? La actitud, la respuesta a esta situación ¿es la misericordia? Lo he pensado. Y quiero ver en Belén la respuesta extraordinaria de Dios, respuesta de toda la Santísima Trinidad.

En la larga historia de la salvación la respuesta de Dios al hombre enfrentado, al hombre que falta a la lealtad de la alianza y además de modo reiterado; cuando el hombre se hace becerros de oro, que le hacen olvidar al Dios liberador y verdadero, la respuesta de Dios es la misericordia, que reinicia el camino, su respuesta es la esperanza. Su gran respuesta fue un Niño entregado, nacido pobre. ¿Lo entendemos sus amigos? ¿Lo entenderán los hombres?

Otro dato. San Pablo presenta al mundo rebelde a Dios, preso de la cólera de Dios. Son páginas impresionantes de la carta a los Romanos, que sacuden nuestra superficialidad. Que no todo es igual. Que a Dios no le da igual todo. Que el mal existe y, a veces, con pujanza y con creatividad mortal. Pero que entienda el hombre que alejado de Dios, se vuelve esclavo. Es lapidaria la expresión entera de Romanos: “*Dios encerró a todos los hombres en la rebeldía, para usar con todos ellos de misericordia*” (Rom 11,32). El final es la misericordia. El remedio, que abre esperanza y que vence al mal. La respuesta de Dios es Cristo. Cristo crucificado fue la propuesta de Pablo en Corinto. Propuesta clara y audaz. Corinto, sede de corrupción. Y ¡ellos creyeron! Nació un hombre nuevo. Nació en Corintio la Iglesia.

Por eso la descripción negra del mundo no es la última palabra. El hombre tendrá salida, no por él mismo, sino por la misericordia de Dios, que se acerca al hombre.

Así dirá San Pablo con fuerza: ¡Gracias a Cristo! ¡Por pura gracia hemos sido salvados!. Porque Dios es rico en misericordia, y la prueba grande e inequívoca es Jesucristo. Dios no puede dejar de ser misericordioso. Dios nos dice a todos los hombres, a los creyentes y alejados, a los hostiles, a los que pretenden quitarlo de la historia: Mi respuesta no es el fuego, ni el azufre, ni la destrucción. Mi respuesta es Jesucristo.

¿Pedimos que baje fuego y azufre del cielo, y que los calcine? (Cf. Lc 9,54). Esta es nuestra tentación y hasta donde llega nuestra respuesta y nuestra sabiduría. O pedir que se arranque de raíz la cizaña. Y Jesús les reprendió severamente.

Dios hoy vuelve a responder al hombre, a su actitud olvidadiza, a su desafío y a su rebeldía, Dios responde a nuestra tibieza y apatía con la Encarnación y el Nacimiento de Jesús a las afueras de Belén. Esta es la grandeza de Dios. Es la entrañable misericordia de Dios. Cristo es el rostro y el corazón de la misericordia de Dios. Os invito a contemplarlo. Porque será la actitud primera con que nosotros debemos responder. Es su fuerza impresionante, es su única respuesta siempre. Dios ha de ser misericordioso. Esta es también nuestra respuesta. Sed misericordiosos y presentad la misericordia de Dios.

¿Cómo es la misericordia? Enumero siete atributos, aunque todos están muy cercanos. En todos ellos alienta el Espíritu Santo.

- La misericordia es *creativa*, pone en movimiento, cuando el pozo es hondo, o la debilidad es grande. La misericordia busca, sale a buscar. ¿Cuánto tiempo hace que no hemos hablado con un alejado? ¿A quien dedicamos más tiempo? ¿Cómo acogemos a los que se acercan, cuando vienen? La misericordia en nosotros es obra del Espíritu Santo. De la entrañable misericordia de Dios salió Jesucristo.

- La misericordia es, por eso, *misionera*. Empujó los pies y el corazón de los primeros misioneros. La misericordia mira a los alejados. Mira a los pobres. Mira a los inmigrantes, a los más débiles, a los ancianos, a los enfermos. ¿A quién anunciamos el amor de Dios? Anunciar la Buena Nueva, anunciar a Jesucristo, ofrecer la vida y el mensaje de Jesús, sin miedo y sin complejos, es la mayor obra de misericordia.

Lo anunciamos los perdonados y sanados por Él, cargados de debilidad. ¡Ve a anunciar el Reino! Anuncia el Evangelio del amor de Dios, de la recuperación del hombre. Anunciar el amor de Dios, manifestado en Cristo eso es también la misericordia.

- En la oración del corazón se descubre con gratitud que Dios se *adelanta a ofrecer la misericordia*. Él la da. El ofendido viene a darla. A quien lo piensa esto le sorprende. Estando lejos y en guerra con Él, Él se acercó, decía San Pablo. Hace falta poder y fortaleza para ser misericordioso. Y se hace mayor, cuando se cae en la cuenta de la terrible pequeñez del hombre ante Dios. Nos hundimos por nuestra

desobediencia, y es Dios, el menospreciado, quien viene a levantarnos del foso. Es el pastor el que va a buscar a la oveja que se alejó. La misericordia no se gana, se ofrece.

Un Salmo de misericordia es el Salmo 51. La primera persona sólo se emplea para confesar: “*Contra ti, contra ti solo pequé*”. En los demás verbos el sujeto es Dios: “*Límpiame, lávame, devuélveme la alegría, aparta de tu rostro mis pecados, borra mi culpa, crea en mí, oh Dios, un corazón puro*”.

- Por eso la misericordia es enteramente *gratuita*. Nada pide a cuenta. Cuando es Dios quien la da, sólo pide ser acogida. Es la imagen del Niño que en Belén se entrega. Es la experiencia de David, que la pide, como lo acabamos de rezar. El hombre se hace grande acogiendo la misericordia, dejándose lavar los pies y soportar ese amor y servicio no merecido, acogiéndolo en su casa y dejándose invitar por Él. Así entró la salvación en aquella casa. Y fue gratuito el encuentro.

- La misericordia es *fuerte* y es signo de poder. Así aparece con frecuencia en la oración de la Iglesia.

Nos parece debilidad y claudicación. La tentación irresponsable y desleal por nuestra parte es pretender abusar de la misericordia de Dios. Por eso nos dirán también que “de Dios nadie se ríe” (Cf. Gal 6,7). Es fuerte, para saber condenar el mal, aunque se perdona al pecador. “Vete en paz. Tampoco yo te condeno. Pero no vuelvas a hacerlo”. Porque animar al bien también es misericordia. “*No ejecutaré el ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín, porque soy Dios, no hombre: en medio de ti yo, el Santo y no me gusta destruir*” (Os 11,9). “*Porque todo lo puedes cierra los ojos a los pecados de los hombres, para que se arrepientan*” (Sab 11,23).

La fuerza de la Iglesia, decía Jesús, es la fe; “nuestra victoria”; es el Nombre del Señor; es la Cruz; es la misericordia. Es el testimonio, el testimonio de la Madre Teresa de Calcuta. Mujer fuerte y débil. Es fuerte la Iglesia débil, llena de misericordia, que ama al hombre con entrañas de madre. En esta Iglesia, madre, buena samaritana, somos pastores.

- La misericordia es *paciente*. Hay que releer este capítulo 11 de la Sabiduría, que acabo de citar. “*Amas a todos los seres y nada odias de lo que has creado. Todo lleva tu soplo incorruptible. Por eso corriges poco a poco a los que caen, les recuerdas su pecado y los reprendes, para que se conviertan y crean en ti, Señor. Si les indultaste los delitos, no fue porque tuvieras miedo a nadie. Tu soberanía universal te hace perdonar a todos*” (Sab 11, 20 b – 12, 11G-19). Paciente para perdonar siete veces en un día (Lc 17, 1-6). “Dios aguantó con mucha paciencia objetos odiosos” (Cf. Rom 9, 22).

- Estos son, sobre todo, aspectos de la misericordia que perdona. Pero Zacarías puso un adjetivo natural a la misericordia. Es *entrañable*. Que no sólo perdona sino que se acerca a ayudar. Los dos ciegos pedían a Jesús: “Ten misericordia”. Y la cananea, Bartimeo, el padre del hijo lunático y los diez leprosos. Sabemos además que el Señor se conmovía y es preciso anotarlo sobre todo los pastores. Se enterneció ante el leproso que le pedía quedar limpio; ante el padre del epiléptico, ante los dos ciegos, ante la tumba de Lázaro. El buen samaritano practicó la misericordia. Jesús, en Nazaret, presentó un plan de misericordia, como identidad del Reino. Habla de ciegos, de cojos, de encarcelados. Habla de pobres, que acogen la Buena Noticia.

Hoy respuesta muy urgente es ser misericordiosos y con ello vendrán iniciativas liberadoras. Decimos sí a la vida. Sí a la dignidad de la persona humana. Sí a su libertad verdadera. Esto supone iniciar acciones concretas. La misericordia tiene obras, y además denuncia lo inhumano, lo esclavizante. Es misericordia decirlo y hay que decirlo con misericordia. Decimos sí al hombre, imagen de Dios.

Os he dicho al comienzo que iniciaba mi reflexión personal, compartiéndola con vosotros, con temor. Es hablar de algo deslumbrante, cegador, insospechado, grandioso, cercano, dador de paz y de esperanza. Siento no expresarlo mejor. Dejadme terminar con una recomendación de S. Pablo, con una alusión a nuestro Plan Diocesano y con una invitación reiterada a ir a ver qué ha acontecido en Belén.

3.- Conclusión

San Pablo recomendaba a los Colosenses tener “entrañas de misericordia” (Col 3, 12; Flp 2,1). Y la primera referencia será entre nosotros mismos. De tanto mirar a Cristo, ya no podemos mirar a nadie de otro modo. Un pastor con entrañas de misericordia es fuerte, se parece a Cristo, es un bien para la comunidad, lo notan los pobres y alejados.

Hemos de convencernos de que la misericordia salva; la misericordia es respuesta a la situación que sufrimos. La misericordia es otro nombre del amor. Cuando programamos con tanto detalle y empeño el Plan Diocesano de Pastoral, hemos de pensar que en su corazón alienta el amor y la misericordia. Sin esta

misericordia es campana que retiñe y no llama. No salvan los planes. Salva la misericordia de Dios, que anima el plan desde su primer momento y que es expresión concreta del amor misericordioso al hombre de Alicante.

La misericordia es la última palabra de Dios. Navidad tiempo de misericordia. Tiempo de pastores, que acuden a Belén a ver, y ven que tenemos un sacerdote misericordioso (Heb 2,17; 4,16).

Con S. José y junto al Niño está María. El pueblo fiel ha puesto un adjetivo a sus ojos. Los llama misericordiosos. Y le llama "Madre de misericordia".

Termina, de momento, nuestra contemplación. Estamos oyendo de Jesús: "Haz tú lo mismo. Practica la misericordia". Te va la vida. Este es el pastor que Cristo quiere.

Feliz Navidad a vosotros. Feliz Navidad a vuestras comunidades, que verán en vosotros sacerdotes misericordiosos, para ir haciendo, con el Espíritu, comunidades misericordiosas, buenas samaritanas.